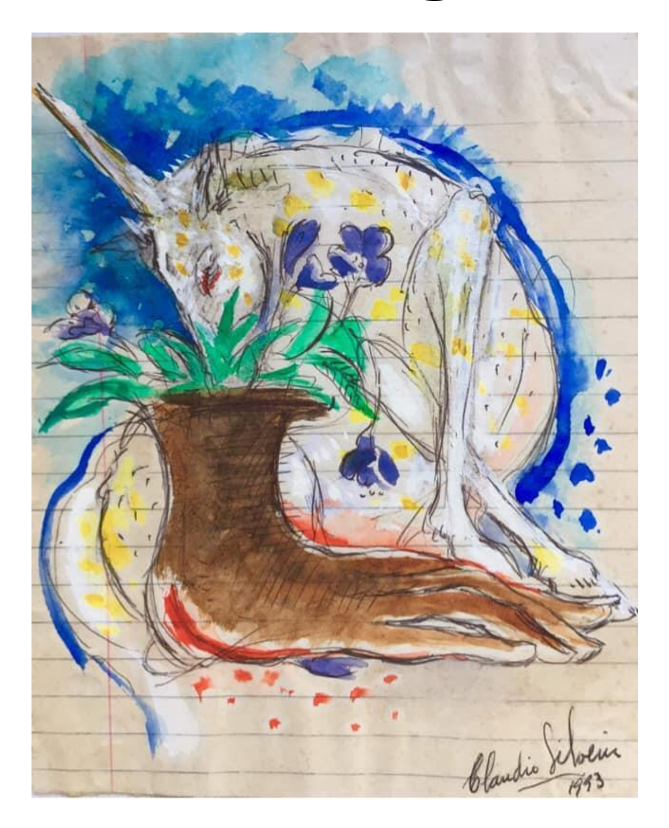
Ricardo Berrutti
Carlos Fariello

Días de agosto





2021

Edición al cuidado de Carlos Fariello

Ilustración de portada: Claudio Silveira Silva (acuarela, 1993)

en la espera del momento
que resuelve la consistencia del tiempo
todo nos remite
a un instante vivido por aquellos días
de agosto.

C.F.

Esta edición recopila parte del material de un trabajo que se publicaría en 1993 y que reuniría originalmente textos de ambos autores bajo el título de “Días de agosto”.

En febrero de 2021 falleció Ricardo, justo en los días en que nos aprestábamos a retomar la empresa de publicar aquello que el destino había hecho que se postergara.

Con esta edición queremos rescatar su esencia como homenaje al amigo y al poeta.

Nota: Se agregan al final cuatro poemas, de Carlos Fariello, de la serie original que formaba parte del proyecto.

Ricardo Berrutti

(22/06/1949 - 8/02/2021)

Durante mucho tiempo, estos y otros poemas, me han acompañado, a veces como carga, a veces como un diario íntimo y fragmentado.
Es carga pesada, y abusando de la benevolencia de los lectores, quiero dejarlos libres, sacarlos de su secreto, que en algunos casos ya es demasiado largo.
Algunos se han perdido con las hojas de los otoños, otros se han desvanecido en las lluvias, y otros son ahora merecida ceniza.
Estos han ido sobreviviendo.
Que el futuro los juzgue, y que el presente – y los lectores - me perdonen.

Ricardo Berrutti

III

Esto que somos, tierra

La que el viento ciego dispersa

Y la que junta el viento

De pronto vemos

que se nos va en la piel un sueño.

El río del tiempo nos deshace

Nos desarraiga el agua

Debajo de la tierra,
debajo de la tierra que somos,
corren ríos oscuros
mareas vegetales
lavas ardientes

Debajo de todos hay el mismo magma
El mismo mar de oscura resonancia

Pero yo siento crecer como un milagro
debajo de la tierra torturada
otra forma
otra música
otra terrible rosa perfumada

Una mujer
Una sola
Detrás de estas palabras

IV

Yo vi el Eúfrates crepuscular y sagrado
fluir por los vastos desiertos que serían
la cuna de los hombres y los dioses
Fui tal vez Gilgamesh
Seguramente Enkidu.

Estaba solo

Atravesé las populosas nieblas de Manhatan
mirando caer las miles y puntuales
cartas de Dios entre mis manos. Era Whitman

Pero estaba solo

Vi destejerse crepúsculos girantes
desde un promontorio de piedra y caracolas
de Isla Negra
Era Neruda

Pero estaba solo

En un penoso arrabal de Buenos Aires
conversé largamente con el fantasma fatal
de un tal Iberra
Yo era Borges

También estaba solo

Ahora que te quiero y que te canto
sé que soy otro

Pero, no sé quién soy

VI

Tu eres la que tantas veces trajo el mar
Como una proa turgente
La que cedió la cabellera al viento
La que apartó las olas con la frente

A ti te coronó la espuma y el acero
Tu revelaste la púrpura y el nácar
Tu inauguraste la luz de los rosales

Por ti rebosó frutos la tierra
Tu estableciste el árbol, la espiga y la azucena

Señalaste la ruta azul de los relámpagos
El escondido nido del azufre
La arista del diamante
los ríos subterráneos
la alta navegación de los planetas
Tu cegaste los hondos peces abisales

Tu iluminaste los vuelos del cocuyo

Levantaste las mil manos del ceibo

y tejiste el encaje de la aurora

Anduviste con los pies desnudos
las abras salvajes de los montes
Tú los perfumaste de menta y espinillo

Forjaste en la luz fría del alba
Tus puñales de hielo y de ceniza

Hundiste en mi sangre
las manos de perdurables ascuas
y como una diosa terrible
me diste y dispersaste el alma

VII

Hoja sin una palabra
Grave desierto blanco de horizontes paralelos
Yo
viajero sin esperanza
estibo penosamente
palabras deslustradas
Construyo un altar cuyo cimiento
debiera ser el llanto
Altar de oscuro canto
Altar de casi nada
yo te alzo sobre pilares que gimen
Altar levantado en el desierto
Desesperado templo
aquí exorcizo mis demonios terribles
Pero detrás de cada rezo
Velo sagrado del arca
cima de otro inútil día
los ojos de ella están
alumbrando y entristeciendo la grafía.

XI

Un algo de invencible tiene la noche
La noche es un arrabal indefinido
La cara de una mujer que ya olvidamos
La noche es un puñal con muchos nombres
es el ojo de un potro enfurecido
La noche es una esquina que entra o sale
de un patio antiguo y triste
y que en años de inútiles afanes aún persiste
en ser para otros ojos
el mismo patio antiguo y triste
Algo de invencible poder tiene la noche
que no disipa el halo de la aurora
La noche es más y menos que la muerte
La noche nos engendra y nos devora.

"Tú vives siempre en tus actos.
Con la punta de tus dedos
pulsas el mundo, le arrancas
auroras, triunfos, colores,
alegrías: es tu música.
La vida es lo que tú tocas"

Pedro Salinas

Desde que me recuerdo niño, el mes de julio ha sido aciago para mí, y, podría decir, para mi familia.
31 días de inexorables y permanentes desgracias.
No tropezones de la mala suerte, sino de duros golpes.
Dos milagros, (pues es la única palabra que define esto) salvan del abismo último este mes nefasto.
Un 21 de julio nació mi solcito enfurruñado, Dolores, y un 19 apareció la incomparable sonrisa de pilluelo simpático, de mi cuarto nieto, Federico.
Por eso, hasta que algo sucedió para celebrar el fin gris y triste de ese mes, celebré, en mi fuero íntimo, la llegada del mes de agosto.
Y hasta un poema consagra (para mi) ese comienzo de otro mes, que, me auguraba, un principio mejor.

Primero de agosto

Integra una serie de poemas, algunos de los cuales han sido, injusta y misteriosamente premiados, y este, que fue, injusta y misteriosamente solicitado, por esos incondicionales amigos, que le dieron el justo valor que tiene; la alegría de un día, que exorciza los demonios de la tristeza.

Comprometido a publicarlo por esa sola razón, pido disculpas si lo reitero hoy, cuando, una vez más, el aciago mes de julio, al fin termina.

Mantendré su título original, que es, apenas una fecha.

Un caos que será un planeta.

Un agua sin orillas

Un azul que aun ignora el cielo

El fuego, comenzando a ser el fuego.

El hombre, innominado aun, y el nunca recobrado Paraíso.

Las inconcebibles criaturas que comienzan a poblar la soledad vencida.

El brusco abismo y el glaciar.

El diluvio. Vientos de fuego.

Pájaros, perfumes, hojas.

La misteriosa arquitectura de las rosas.

Los dioses primigenios.

La Torre de enfrentadas lenguas.

Los ríos de sangre de las guerras, y la sangre lavada por los ríos.

La piedra, la espada, la ballesta.

El vago honor de morir por alguien o por algo.

Las formas infinitas del último sueño.

Las rigurosas leyes que preexisten al Universo

y a la fatigosa enunciación del hombre.

Un puñal de acero toledano, que Borges guardaba en su escritorio

y que Melián Lafinur y Evaristo Carriego, alguna vez, tuvieron en la mano.

Caedmon soñando un poema, y la persistencia del sueño en la afiebrada vigilia de sus días.

La cinta de Moebius.

El cíclico Artajerjerjes.

Los cíclicos esenios del Mar Muerto.

La primera huella del hombre en el jamás mirado rostro de la Luna.

El Centurión aquél, que, por vencer un río, perdió un Imperio.

Los épicos gauchos de Artigas, de Oribe y de Saravia.

Toda la música de Mozart.

Las nueve sinfonías de Beethoven.

Las nueve sinfonías y los Cantos de la Tierra, de Gustav Malher.

Bela Bartók.

Las Cuatro Estaciones de Vivaldi.

Walt Whitman, que escribió un solo poema pero que es infinito porque se confunde con la Vida.

La Serenata de Longfellow.

El Cantar de los Cantares.

El Sermón de la Montaña.

El miserable genio que se arrastró por las calles y las noches de Ouro Preto.

Lucio Anneo Séneca.

Zenón, el Eleata.

Heráclito, que vio, acaso con lástima y horror, que nunca nos bañamos en el mismo Río.

El decapitado mármol de la Samotracia.

Miguel Angel Buonarroti.

Benvenutto Cellini.

El judío aquél que, por Amor, ahorcó a sus propios hijos en el inacabable infierno de Treblinka.

Pascal, que quiso definir a Dios y escribió (y luego borró)

"Es una esfera horrible"

Mitos, leyendas, libros, ritos.

La íntima Isla Negra de Neruda.

La inaccesible Puna Inca de Vallejo.

El Llano en llamas, de Juan Rulfo.

Los hijos del viento de Ecuador, de Jorge Icaza.

La gastada moneda y las cometas de Falco.

La muralla de palomas y laureles de Guillén.

La última voz de Orlando Aldama.

El angustiado perfil de Carlos Scaffo.

La última sonrisa de mi madre.

La exaltación de la alegría.

El agrio dolor de tantos, tantos días.

El Amor. (Quizá)

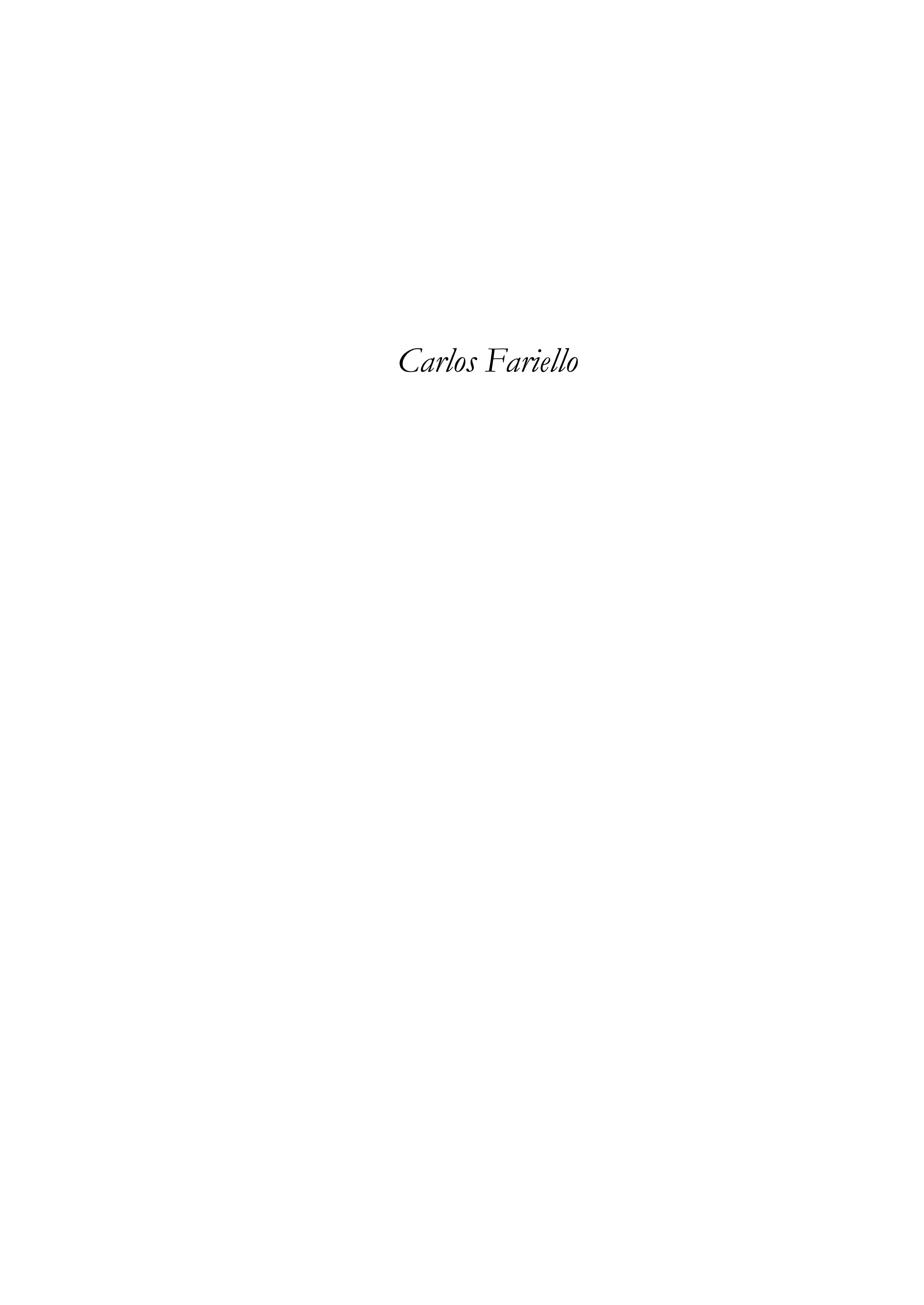
La soledad, que nos gasta las caras y los sueños.

El Universo, el Planeta, el Continente, la Patria, la Ciudad…

Tu calle.

Tu casa.

Todo eso debió de suceder, para que yo te conociera.



Carlos Fariello

I

poesía:
esto
papeles como hojarasca,
siguen diciéndote al oído
que este pulso no cesa
como tampoco cesan
estas ganas
de verte siempre
encontrándote
con mis días.

II

pertenece el beso
aquel
de aquella tarde
a tu boca o a la mía?
pertenece aquella lágrima
aquella

a mi mejilla?
aunque la culpa última
esté todavía ausente
de dueño.

III

Llueve

la piel ha generado una cubierta
impermeable
a toda envidia.
llueve
y tu voz ha despertado en mis oídos
aquella
vieja
música.

IV

Calla cuando sientas que algo
invade los espacios
que habitas
y el recuerdo orbite por sobre las cosas
y las cosas se crean animadas
y todo sea igual de distinto
y todo se rompa y vuelva a armarse
y todos los instantes pasados
no quieran ser recuerdos
porque tú estás aquí.



Plaquette ediciones